

Desde finales del siglo XVI, siendo notablemente insuficientes las guarniciones de fortalezas, se apela a la organización de fuerzas de vecinos que habían de acudir a los lugares amenazados en los momentos oportunos. De los primeros años del siglo XVII son las organizaciones de Milicias que, con diversas alternativas, aparecen como fuerzas de apoyo de las provinciales. Así se conocen las del Río de la Plata, como las de Nueva España, reorganizadas en 1766. Los criollos acaudalados encontraban en los títulos de capitanes, coroneles, etc., un acicate que les proporcionaba honores y categoría. Estas fuerzas, en las que se distinguían las de blancos y pardos, primero fueron voluntarias, para pasar después al encuadramiento obligatorio, generalmente por gremios, unas veces por sorteo, otras por elección directa de los más aptos y con privilegios señalados. Los milicianos vivían normalmente en sus pueblos y estancias —dice el prof. García Gallo— dedicados al ejercicio de sus profesiones, y sólo en caso necesario se les movilizaba, aunque en cada pueblo habían de existir los cuadros de mando precisos que los domingos adiestraban en el manejo de las armas e instruían a los milicianos del partido.

Pero los defectos aparejados a tal sistema, en que el ejercicio era una especie de distracción, unido a la falta de espíritu militar, obligó a pensar en llevar, además, tropas y refuerzos desde la Península. Desde 1739 a 1815, admite el prof. García Gallo que pasaron a América 114.968 hombres, aunque, aparte las deserciones, estas tropas regulares regresaban a España, pasado el momento de peligro.

El estudio, del que ofrecemos una síntesis, suscita numerosas sugerencias para ampliar la investigación. No obstante, le creemos completo en sus líneas generales y de un gran valor ilustrativo sobre el efecto social que tuvo, tanto en lo relativo a encomiendas como después en el sistema de milicias. Felicitemonos, pues, de tal trabajo, en el que hay que reconocer un mérito bien acusado.

D. R.

#### PERÍODO INDEPENDIENTE

LECUNA, Vicente: *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. Nueva York, 1956, 1957 y 1958. 3 vols. en 4.º my., 412, 362 y 506 págs., con numerosos grabados. Índice analítico.

Se trata, nada menos, que de la obra póstuma del gran historiador de Bolívar, que a pesar de sus años conservó el aliento suficiente para rematar su ingente investigación sobre el Libertador con un sistemático examen de todo lo que la certeza histórica tiene que rechazar de lo que el desconocimiento, la ligereza o la malevolencia acumuló para deformar los hechos del fundador. Desde luego, nadie hubiera podido rematar tal empeño, sino Lecuna, que dedicó toda su vida a la misma empresa. El mejor homenaje a su memoria, llevado a cabo por la fundación que lleva su nombre, no podía ser otro que el editar estos tres magníficos volúmenes, con el empaque y cuidado con que se han ofrecido al curioso lector.

El primer tomo se dedica a estudiar y corregir todo lo que se ha dicho del Libertador, su familia y sus viajes, para poner especial empeño en clarificar lo relativo a la prisión de Miranda, frente a la calumniosa afirmación de traición al precursor. Alcanza este volumen hasta la llegada a Cartagena. Un capítulo final le dedica a refutar los errores de Madariaga, bien laméntables y salientes.

El segundo volumen comienza con una refutación a la obra de Ducondray Holstein, quien conoció a Bolívar en Cartagena en 1815. La semblanza que traza Lecuna del polifacético aventurero, es insuperable. Continúa el volumen con el estudio del embarque en Carupano, para dedicarse más tarde a la expedición de los Cayos, el origen de la invasión de Guayana y las sucesivas campañas. Tiene gran interés lo relativo a la ejecución de los capuchinos catalanes, y demuestra, una vez más, que Bolívar nada tuvo que ver con ella. Se trata de una extracto ordenado de lo que se expuso en la *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Con gran minuciosidad desvanece Lecuna todos

los errores acumulados en torno a los dos grandes episodios de Boyacá y Carabobo. Pero lo que constituye pieza maestra es lo relacionado con los acontecimientos de Guayaquil, San Martín y la célebre entrevista, tema que Lecuna conocía como nadie, según lo demostró en el libro que dedicó al asunto. La carta apócrifa de Lafond y la pulverización que hace de ella, cierran las páginas de este tomo: Quizá hubieran encajado mejor en él los capítulos que dedica al mismo asunto, contra las cartas de Colombres Mármod y los argumentos de Rómulo D. Carbia, en el siguiente.

El último volumen reúne una serie de estudios eruditos (que comienzan con los anteriormente citados) sobre Bolívar en el Perú, las batallas de Junín y Ayacucho, para continuar con los dedicados a la constitución boliviana, la Gran Confederación y los sucesos interiores, hasta el asesinato de Sucre.

Un valor especial tiene el complemento de esta obra, por la perfección de su ejecución y utilidad. Nos referimos a la *Cronología de Bolívar*, elaborada con Lecuna por Pedro Grases, otro de los investigadores más exactos y fecundos de nuestros días.

Como fundamental, perdurará para el futuro esta obra póstuma del infatigable Lecuna, a quien, como homenaje bien merecido, rendimos estas líneas de respeto y recuerdo desde este lado del Atlántico en el primer número de nuestra revista. Ningún investigador que se preocupe por la figura del Libertador quedará defraudado por el manejo de estos volúmenes, donde, además de ciencia y paciencia, encontrará veneración y pristina ejemplaridad.

D. R.